

Felipe, sin ocuparse mas de ella, la dejó en manos de sus damas, llamó á su capitán de guardias, y le mandó aprehender á los dos asesinos en el hogar en que se habian refugiado, lo cual fué hecho inmediatamente y en presencia del monarca.

Capetal estaba aterrizado, anonadado.

Se dejó aprehender sin decir ni una palabra.

Pero Landry no se mostrò tan manso.

—Sire,—esclamó pasando delante del rey, no os admiréis de verme en esta torre de Nesle, porque este lugar me fué otra vez familiar, y he visto en él cosas importantes á vuestro honor, las que diré si me concedéis la vida como debéis hacerlo, porque en lo que sucedió hoy, no he hecho mas que obedecer al preboste como es de mi deber.

La sorpresa de Felipe fué muy grande.

Su mirada, mas colérica que nunca, se volyó hacia Juana, quien felizmente para ella, aun estaba sin sentido.

En seguida, Felipe mandó que los dos presos fueran encerrados en la torre del Louvre, que servia de prision á las gentes arrestadas en esa real residencia, y de cuyos negocios se reservaba conocer el rey.

Al día siguiente les hizo comparecer ante él muchas veces.

Cómo intentó justificarse Capetal?

Qué reclamaciones hizo el antiguo servidor de Orsini?

Nadie lo supo.

Pero es premsuible que esas revelaciones fueron terribles para Juana, porque desde entónces fué estrechamente presa en el hotel de Nesle, sin que le fuera posible salir de él, ni aún para ir á otra parte de ese edificio, y el rey nunca quiso volverla á ver.

A pesar de todas esas revelaciones, fuesen de la naturaleza que fuesen, no salvaron á ninguno de los dos malvados cuyo crimen habia conmovido tanto al pueblo.

Los dos fueron ahorcados tres dias despues de su prision.

Pusiéronles mordazas ántes de conducirlos al suplicio, lo que hizo pensar que la autoridad real tenia algun interes en impedir que hablaran al pueblo.

El rey hizo avisar públicamente que los bienes del preboste eran dados por él á la familia del desgraciado Chanoux: esto acabó de calmar la irritacion popular, y pronto no se habló mas de ese asunto.

Poco tiempo despues (en 1321), murió Felipe V, dejando la corona á su hermano Carlos IV ó el Bello; pero este cambio de reinado no mejoró la suerte de Juana.

Por órden del nuevo rey, continuó tan estrechamente presa como ántes, y sus terrores y sus remordimientos aumentaron hasta su muerte que acació en 1329.

Por un artículo de su testamento hecho cuatro años ántes, mandaba que el

hotel de Nesle fuese vendido, y que el producto se consagrara á la fundacion de un colegio que se llamaria *Colegio de Borgoña*.

Es permitido creer que eso era un acto de expiacion, y que esa gran culpable, para disminuir un poco la intensidad de sus remordimientos, habia creído deber consagrar á las escuelas ese lugar, donde los desgraciados estudiantes habian sido sacrificados á sus placeres.

Sea de esto lo que fuere, el hotel de Nesle fué vendido en 1330 á Felipe de Valois, por la suma de 10.000 libras de buena y fuerte moneda.

Ese fué el último acto de ese largo drama, cuyo principal personaje fué Margarita de Borgoña; pero aun estaban reservadas otras manchas á ese hotel, y particularmente á esa torre de Nesle: veremos á dos siglos de distancia, á dos princesas, renovar en ese lugar las horribles escenas de desenfreno y de asesinato que hemos referido.

Veremos esa residencia habitada á su vez por Carlos el Malo, y por Isabel de Baviera, por la traicion y la lujuria personificadas, entregada al pillage y a la devastacion.

Dirémos su esplendor y su decadencia hasta su entera destruccion, á fin de que nuestra obra sea completa, y merezca la aceptacion que esperamos.

## VIII.

El rey Juan en el hotel de Nesle.—Raoul, conde d'Eu y de Guignes, condestable de Francia, es encerrado en la torre de Nesle.—Condenacion y ejecucion de Raoul.—Carlos el Malo se apodera del hotel de Nesle.—Esplendor del hotel de Nesle, convertido en residencia del duque de Berry, cuñado de Carlos V.

Cuando Felipe de Valois, tío de Carlos el Bello, subió al trono, dió el hotel de Nesle á su hijo Juan, quien estableció en él su residencia ordinaria, lo embelleció, lo ensanchó considerablemente, é hizo de él una habitacion verdaderamente digna de un rey.

Desde entonces fué un palacio, como lo llama Sauval (1); pero sin embargo, conservó el nombre de hotel de Nesle.

De 1328 á 1350 que duró el reinado de Felipe de Valois, no pasó nada de

[1] *Antigüedades de Paris*, tomo II.

notable en aquella habitacion; pero poco tiempo despues de la muerte de ese rey fué teatro de un acontecimiento que merece ser referido, y que nos obliga á retrogradar algunos años.

Era el año de 1346.

Los recursos de la Francia estaban agotados por guerras incesantes: la hacienda no habia estado jamas en tan deplorable estado.

Felipe de Valois acababa de convocar los Estados generales para obtener de ellos nuevos subsidios, cuando Eduardo, rey de Inglaterra, rompiendo traidoramente la tregua, desembarcó en Normandía á la cabeza de un ejército considerable, y fué á atacar la ciudad de Caen, la cual, contando con la fé de los tratados, no tenia mas guarnicion que la de sus habitantes.

En la ciudadela, tambien guarnecida por los habitantes, estaban el condestable Raoul y otros muchos grandes señores.

Los habitantes de la ciudad se defendieron vigorosamente.

Forzados á abandonar sus murallas, donde los arqueros ingleses, que eran los soldados mas temibles de aquella época, hacian llover una granizada de flechas, se atrincheraron en las calles, hicieron de cada casa una fortaleza, y se batieron con desesperacion.

Los ingleses penetraron en la ciudad, se apoderaron de muchos cuarteles y los entregaron á las llamas.

Los habitantes al ver sus casas incendiadas, redoblaron su energía y su intrepidez; se batieron como leones, sembraron las calles de cadáveres enemigos y recobraron las murallas que se habian visto forzados á abandonar.

Los de la ciudadela no habian mostrado ménos energía, y ya parecia segura la victoria, cuando de repente, el condestable reunió á los principales habitantes, y les propuso rendirse al rey de Inglaterra.

Esta proposicion fué rechazada con indignacion.

Oyerónse gritos de traicion! y veinte alabardas amenazaron al condestable; pero llegaron otros señores, le arrancaron de entre los vecinos, salieron con él por una poterna, y fueron cobardemente á entregarse á los ingleses.

A pesar de esta increíble defeccion, no se intimidaron los valientes normandos y se batieron tan bien que hicieron retirar al ejército de Eduardo.

Ya se comprende que Raoul, despues de la abominable traicion de que se hizo culpable, tuvo cuidado de no permanecer en Francia.

Pasó á Inglaterra, y allí vivió cuatro años, no dejando de tener un tren de gran señor, aunque estaba reputado como prisionero, lo que acababa de manifestar que se habia vendido á Eduardo.

El traidor condestable permaneció del otro lado del estrecho, mientras que vivió Felipe IV; pero cuando murió, Raoul se tranquilizó, y pensando en que Juan, que acababa de suceder á su padre, no dejaria de acoger bien á un personaje de su importancia, volvió á Paris y se presentó en el hotel de Nesle, donde Juan, ya rey, continuaba residiendo.

El nuevo monarca no podia creer á sus oidos, cuando le anunciaron que el conde d'Eu y de Guignes, pedia serle presentado.

—Verdadero Dios!—dijo volviéndose hácia un capitan de guardias que estaba presente,—puesto que ese traidor se entrega, no dejaré que se escape. Id á disponer que no pueda salir, y volad pronto á fin de que, á la seña que os hagamos, os apodereis de su persona y le encerreis en la torre de la orilla del agua.

Dicho esto, mandó que fuese introducido el condestable.

—Por mi alma, hermoso primo,—continuó cuando se presentó el conde,—nos alegramos de ver en nuestros Estados á un hombre tan de bien como sabemos que sois, y habriamos querido que hubiérais venido mas pronto para manifestaros como apreciamos vuestro mérito.

—Sire,—respondió el condestable,—habria venido mas pronto, si los ingleses no me hubiesen pedido un enorme rescate.

—Y ahora, habeis pagado ese rescate?

—No, sire, no estoy libre sino bajo mi palabra.

—Y nos agrada que así sea, porque tenemos la voluntad de rescataros sin que os cueste ningun dinero.

—Ah! Sire, cómo podré manifestar mi gratitud por ese beneficio! Ahora vengo á juraros buena fé y homenaje.

—Como habeis hecho al difunto rey nuestro padre?

—Si, Sire.

—Gracias, condestable, no le queremos á ese precio.

—Sire, os ofrezco mis servicios y no quiero vendérselos.

—Por mi alma!—esclamó el rey levantándose;—en toda la cristiandad se ha visto nunca un malvado tan grande y tan imprudente! Creéis que no tenemos noticias vuestras por los habitantes de Caen?

Raoul se quedó estupefacto.

Luego, superando su cólera á su temor, llevó su mano al puño de su espada, gritando:

—Cuidado, Sire! Hablais al primer gentil-hombre del reino!.....

Aun no habia acabado esas palabras, cuando el capitan de los guardias, á la seña del rey, le asió de la mano y le intimó que le entregase su espada y que le siguiera.

Casi al mismo tiempo le rodearon diez guardias, é hicieron imposible toda resistencia.

Algunos instantes despues, estaba encerrado en uno de los aposentos de la torre de Nesle, entónces convertida en prision, y guardada á la vista, de modo que los presos no podian emprender nada para fugarse.

Hasta ahí, el rey Juan habia obrado dentro de los límites de su derecho y de su justicia.

Aún lo habria hecho haciendo juzgar al condestable por sus Pares, ó presentándole al Parlamento; pero no tuvo esta buena inspiracion.

Tres días habían pasado desde la prision de Raoul cuando éste fué despertado à media noche, por los guardias que le vigilaban.

—Qué me quieren?—dijo.—¿Està el rey tan mal aconsejado que quiere hacerme morir en secreto?

—No temais nada, monseñor,—le respondió un guardia,—inmediatamente estaréis en noble compañía.

Pronto llegó à una sala muy resplandeciente de luz; y allí, en un pequeño estrado, estaba sentado el rey rodeado de muchos señores de la corte.

—Condestable,—dijo Juan,—hemos querido ahorraros la vergüenza de confesar vuestros delitos delante de un gran número de gentes, y tambien el fastidio de estar preso mucho tiempo, como sucede en semejantes casos; pero queremos oír de vuestra boca la verdad entera, porque es lo único que puede disponer nos à la clemencia.

Este principio no tenia nada de espantoso, y Raoul creyó deber aprovecharse de las buenas disposiciones del monarca.

Por otra parte; su traicion era demasiado patente para que pudiese negarla.

—Sire,—respondió,—si por desgracia serví mal al rey vuestro padre, me arrepiento sinceramente, y no tengo mas deseo que el de hacerlos olvidar lo pasado por medio de leales y buenos servicios.

—Es decir, que confesais haberos vendido à los ingleses?

—Sire, el rey Eduardo es gran seductor de los guerreros, y tiene para deslumbrarlos lazos y firmas de todas clases.

—Y os habeis dejado coger en sus lazos?

—Lo cual no me habria sucedido si no me hubiera prometido hacer una pronta y buena paz con el rey vuestro padre.

—Y para eso os dió una gruesa suma?

—Oh! Sire; no hay gentil-hombre, ni en Francia ni en Inglaterra, que pueda hacer un honroso papel sin riquezas.

—Lo ois, señores?—dijo el rey à los gentiles hombres que le rodeaban.

—Señor y rey!—esclamó el conde;—me habeis pedido palabras sinceras, y os las he dicho y tales como mejor podria decirlas.

—Sí, señor, y estamos dispuestos à contentarnos con ellas; pero no pueden satisfacer suficientemente à nuestros habitantes de Caen, à quienes habeis hecho quemar en sus casas; y si podemos perdonar en nuestro nombre, no lo debemos respecto del de aquellos valientes. Así que, procurad ponerlos en estado de gracia, porque en este negocio, ya no tenemos nada que ver.

Y el rey se levantó y salió seguido de los señores que le rodeaban, mientras que por otra puerta entraban, un sacerdote encargado de dar al conde los consuelos de la religion, y el ejecutor, última espresion de la voluntad real.

El condestable quiso morir como hombre de corazon.

Se confesó sin mostrar debilidad ni fanfarronería, recibió la absolucion, otro corto tiempo, y volviéndose al verdugo, le dijo:

—Amigo, ya es tiempo de que hagas tu oficio; estoy pronto à seguirte.

—No saldremos de aquí, monseñor. Permaneced de rodillas si os place y bajad un poco la cabeza.

—Así?—preguntó el conde haciendo lo que le dijeron.

Apénas habia pronunciado esa palabra, cuando su cabeza, separada del tronco rodaba à los piés del sacerdote, quien se habia alejado algunos pasos.

Tal fué el primer acto de autoridad de ese rey que se llamó el *Bueno*.

Para la Francia, ese acontecimiento tuvo las consecuencias mas desastrosas.

El rey de Inglaterra se manifestó muy irritado de esa ejecucion, pretendiendo que el conde d'Eu le habia prometido pagarle un fuerte rescate, que ya no podia pedir à sus herederos.

Juan, por su parte, se quejaba de la proteccion concedida por Eduardo à Carlos de Navarra, apellidado el *Malo*.

Este, yerno de Juan, habia hecho matar à puñaladas à Carlos de España, favorito del rey, porque le atribuía la negativa de este monarca, por pagarle la dote prometida à su hija.

Pronto saltaron en Francia tres ejércitos ingleses.

Juan, con sesenta mil hombres, corrió al encuentro del enemigo; pero fué batido y hecho prisionero en la batalla en Poitiers.

El resultado de este acontecimiento fué la necesidad de convocar los Estados generales, y los ciudadanos comenzaron à hacer al gobierno, cuyas riendas habia tomado el delfin, una oposicion tanto mas violenta, cuanto que la desgracia de los tiempos hacia su intervencion mas necesaria.

Elegieron por gefe al famoso Marcel, preboste de los mercaderes de Paris, y escogieron que la situacion de los negocios fuese sometida à su apreciacion.

El delfin Carlos, para resistir à estas pretensiones, se apoyó en la nobleza que bien pronto le faltó, y las escigencias del Estado ya no fueron tales, que el principe debió apresurarse à disolver la asamblea.

Pero esto, léjos de modificar el espíritu de oposicion que se habia apoderado de la clase media, no hizo mas que escaltarlo.

En cuanto al pueblo propiamente dicho, à los aldeanos, à los artesanos, nunca contaban con él.

Mientras tanto, los ingleses habian llegado hasta los muros de Paris.

Marcel, el preboste de los mercaderes, se apoderó del gobierno de la ciudad, la fortificó, hizo armar à los ciudadanos, é impuso al enemigo, mientras que el delfin convocó de nuevo los Estados, alteró las monedas, y recurrió à todos los medios desastrosos empleados antes por otros que por él.

Todo Paris se sublevó entónces contra el delfin.

Los insurgentes penetraron en su palacio, asesinaron ante sus ojos à los mariscales de Champagne y de Normandía, y no le asesinaron à él, porque Marcel, viendo el peligro que corria, le habia puesto en la cabeza su capirote blanco y azul, colores adoptados por los insurgentes.

CAPILLA DE  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

La nobleza y el clero de los Estados, se espantaron con ese movimiento y se fugaron.

Los habitantes de Paris escogieron por su capitán general á Carlos el Malo, rey de Navarra, despues de sacarle de la prision en que el rey Juan le habia mandado encerrar.

Entónces fué cuando aquel príncipe, ya mas poderoso que el delfin, resolvió apoderarse del hotel de Nesle, que le convenia.

“Su posición contra la muralla y entre dos puertas de la ciudad, dice un historiador, le aseguraba el medio de salir de Paris sin peligro, de entrar en él con facilidad, y de ejecutar sus malos desígnios.

“De ese modo buscaba la procsimidad del Prado de los Estudiantes, donde podia reunir á los ciudadanos y al populacho para arengarles.”

Carlos de Navarra era bastante poderoso para instalarse en ese hotel de su autoridad privada; pero sabiendo bien que el delfin no se atreveria á negárselo, fué á verle al hotel de San Pablo, donde entonces habitaba.

—Cuñado,—le dijo,—en el estado en que está la hacienda, haríamos mal en aumentar vuestros embarazos reclamandoos dinero, y sin embargo, es desagradable y no equitativo, que hasta ahora no haya yo obtenido por la dote prometida á la reina mi esposa, mas que el destierro y la muy dura cautividad.

—Querido señor,—respondió el delfin alarmado por ese principio,—eso se arreglará á vuestra satisfaccion tan pronto como el rey mi padre vuelva á sus Estados.

—Eso podria hacerme esperar mucho,—replicó audazmente el rey de Navarra,—y por esto he venido á proponeros el medio de pagar esa deuda, sin que saqueis ni un solo escudo de vuestros cofres.

—Renunciaréis generosamente....

—Lo haré gustoso cuñado mio; pero tambien os haré presente que no hay en Paris ninguna habitacion tal como la debe tener un vecino del rey de Francia, miéntras que ahora nadie habita en el hotel de Nesle. Vengo á pedir os un don gracioso de dicho hotel, que nos agrada mucho por diversas razones.

Al delfin no gustaba mucho dar, y la peticion le desagradó bastante tanto por la forma como por el fondo.

Alegó que ese hotel era residencia del rey su padre, que sin su consentimiento no podia disponer de él, y dijo que le iba á escribir á Inglaterra.

—Es un mal medio de concluir pronto este negocio,—dijo Carlos de Navarra con un tono que manifestaba su disgusto,—y creo que me será preciso pedir á los habitantes de Paris, habitacion suficiente para su capitán general.

Era una positiva amenaza de sedicion, y el delfin no era bastante fuerte para afrontarla.

—Querido señor,—le dijo,—no sabeis tan bien como nos, que los habitantes son malos donadores?

—No con las gentes capaces de servirles bien.

—Nuestra opinion es que el juego es peligroso, y del que mas tarde podiais arrepentiros. Así, no queriendo que eso suceda, os damos el hotel de Nesle que tanto os place; pero á ese don, queremos poner una condicion: la de que en caso que murais no teniendo hijo varon, dicho hotel volverá de pleno derecho, al dominio de la corona.

El delfin Carlos no imponia esa condicion sino para aparentar que no cedia muy fácilmente.

El rey de Navarra lo comprendió y aceptó.

Cada uno de los dos hacian sobre este punto restricciones morales: el delfin proponiéndose recobrar lo mas pronto posible el bien de que se le estorsionaba, y Carlos el Malo resolviéndose á conservarle siempre.

Este último fué, pues, á instalarse en su residencia real; el Prado de los Estudiantes se convirtió en su plaza de armas; allí pasaba su vida, arengaba, y no ahorrraba nada de lo que podia aumentarle el poder.

El humor belicoso de los ciudadanos no podia dejar de propagar en los campos el espíritu de sedicion.

Bien pronto á su vez, los aldeanos tomaron las armas contra sus señores, y aun contra los habitantes de las ciudades.

Estalló una guerra horrible, que se llamó la *Jacquerie*, á causa del nombre de *Jacques Bonhomme*, que los ciudadanos y los nobles daban por irrision á los aldeanos.

Estos últimos se entregaron á los mas espantosos excesos, quemando, pillando, devastando los palacios, las aldeas y las ciudades, que caían en su poder, y degollando á los habitantes sin distincion de edad ni de sexo.

Carlos de Navarra creyó que aquel era el momento favorable para apoderarse completamente del poder; tuvo cuidado de amontonar armas en el hotel de Nesle; á su voz, ciudadanos, artesanos y malvados, acudieron al Prado de los Estudiantes; hizo armar á los que no lo estaban, y á la cabeza de un formidable ejército que de cierto modo era improvisado, marchó contra los insurgentes y los destruyó.

Fuerte con este triunfo, el rey de Navarra se creyó dueño de la Francia, y volvió á entronizarse al hotel de Nesle.

Pero, al mismo tiempo, el delfin, obligado á salir de Paris, habia logrado reunir un ejército numeroso, á cuya cabeza apareció muy pronto ante los muros de la capital, donde no tardó en sentirse la hambre.

Estallaron las murmuraciones entre las filas de los ciudadanos: su capitán general los llamó á las armas, y ellos le respondieron pidiéndole pan á gritos.

Reunióse en el Prado de los Estudiantes una multitud tumultuosa: oíanse gritos é imprecaciones contra Carlos de Navarra, le acusaban de traicion; y el hotel de Nesle fué embestido por unas bandas furiosas.

Carlos se defendió muy valerosamente, y su residencia estaba muy bien forti-